

malhechores que habia estado capitaneando en tierras de Alisbona (Lisboa). Saqueó de nuevo los almacenes, armó y vistió la gente menuda, y se repitieron los excesos pasados. Esta vez acudió el mismo Abderrahman con toda la caballería de su guardia. Hecho alarde de sus huestes en Ain Coboxi (la fuente de los carneros), contáronse cuarenta mil hombres y ciento veinte banderas. Circuida Mérida de antiguos muros romanos, habia sido flanqueada de torres despues de la conquista. Hizo Abderrahman minar algunas de ellas; anchas brechas le facilitaban poder entrar en la plaza; pero queriendo evitar la efusion de sangre y dar á conocer sus humanitarias disposiciones á los meridianos, hizo arrojar dentro de la ciudad flechas con papeles escritos, en que ofrecia general perdon á los que se le entregasen, esceptuando solo á los gefes de la sublevacion, que señalaba con sus nombres. Algunos de estos billetes fueron á parar á manos de los esceptuados. Pero era imposible ya toda defensa, y Mohammed y sus cómplices huyeron, entregándose la ciudad á merced y discrecion del emir.

Magnánima y generosamente se condujo Abderrahman. Disculpándosele los principales meridianos de no haber podido prender á los caudillos rebeldes, cuentan que les dijo: «Doy gracias á Dios de que en este dia de complacencia me haya librado del disgusto de hacerlos degollar: tal vez Dios abrirá los ojos de sus entendimientos y volverán de su locura;

«y si no lo hacen, Dios me dará poder para estorbar que perturben la tranquilidad de mis pueblos.» Dignos y nobles sentimientos que representan á Abderrahman II. como heredero de las virtudes de su abuelo, y como el reverso de la barbarie y crueldad de su padre. En los pocos dias que permaneció en Mérida, hizo reparar las fortificaciones destruidas, empleando en estas obras á los pobres de la ciudad.

Continuaba entretanto el sitio de Toledo. Al fin, despues de seis años de una resistencia porfiada, estrechados y reducidos á lo alto de la ciudad, y acosados del hambre, tuvieron que rendirse. Hixem cayó herido en manos de Abdelrûf, que le hizo cortar instantáneamente la cabeza, y colgarla de un garfio sobre la puerta de Bab-Sagra ⁽¹⁾. El generoso Abderrahman mandó publicar luego un indulto general para todos los ciudadanos. Nombró á Aben Mafot wazzir de su consejo de estado, y á Abdelrûf walí de la ciudad. Dedicóse éste á reparar los maltratados muros, estableció una buena policia en la ciudad, y separó los cuarteles por medio de puertas para mayor seguridad de los vecinos (838). Asi terminaron

(1) «Ahora se llama Visagra, que es la principal de la ciudad, dice Conde, depravada la voz árabe *Bab*, puerta, y la latina *Sagra*, que fué su nombre antiguo.» Hay dos puertas en Toledo con el nombre de *Visagra*, la una antigua, tapiada ya, y la otra nueva, asi por su construccion, como por ser la que da salida al camino de Madrid. Algunos quieren derivar el nombre de *Visagra* del *Via sacra* de los romanos, pero construida la puerta nueva por los ára-

las dos famosas rebeliones de Mérida y de Toledo ⁽⁴⁾.

Pudo ya Abderrahman atender á la Marca Gótica, cuya situacion no podia ser mas propicia para el progreso de las armas agarenas. Intrigas y discordias domésticas traian agitado el imperio franco-germano, y Bernhard, el conde de Barcelona, mezclado en ellas de lleno, habia corrido diferentes vicisitudes. Sus intimidades con la segunda muger del emperador Luis, llamada Judith, fueron causa de que el pueblo atribuyera á ellas el nacimiento de un hijo (en 823), el que despues habia de ser emperador y rey bajo el nombre de Cárlos el Calvo. A pesar de estos rumores, constituido Luis en padrino y protector decidido de Bernhard, le llamó en 829 á su palacio, y le nombró su camarero, conservándole el gobierno de la Gothia, que comprendia la Septimania y condado de Barcelona. Mal recibido el conde por los otros hijos del emperador, huyó en 830 del palacio imperial por sustraerse á su encono. Quedóle por único asilo la ciudad de Barcelona. Nuevas acusaciones le obligaron á comparecer en 832 ante la córte del imperio, y

bes no es de creer que estos adoptaran un nombre latino. Acaso ellos la nombráran *Bab-Sahra*, Puerta del Campo, y los cristianos corromperian despues la pronunciacion.

(4) Conde, del cap. 41 al 44, part. II.—Aquel Mohammed Al-delgebir, cabeza y gefe de los dos motines de Mérida, es el mismo de quien dijimos en el cap. IX. ha-

berse acogido á la benignidad de Alfonso de Asturias, el Casto, el mismo á quien este monarca dió tierras cerca de Lugo, el que despues le correspondió con tanta ingratitude y perfidia.—Los mericanos no vieron resultado alguno de la famosa carta del emperador franco: los auxilios, ni los dió, ni estaba muy en disposicion de darlos.

aunque se juramentó en descargo, fué destituido del condado de Barcelona, que se confirió á Berenguer, hijo del conde Hunrico. Mas habiendo muerto éste en 836, Bernhard, que habia recobrado gran ascendiente y favor en la córte de Luis, fué segunda vez nombrado conde de Barcelona y de la Septimania, con mas amplios poderes que antes.

Hallábanse asi las cosas en 838, cuando el diestro Abderrahman, desembarazado de revueltas intestinas y alentado con las que trabajaban los dominios francos, ordenó al walí de Zaragoza que allegando las banderas de la España Oriental corriese las tierras de la Marca. Enfermo y casi moribundo el emperador Luis, disputándose sus hijos la herencia del imperio como una presa, bullendo en la misma Gothia las facciones y los partidos, pudieron Obeidalah, Abdelkerin y Muza hacer por espacio de dos años devastadoras incursiones por aquellas tierras con grande espanto de los cristianos de la Gothia. No se limitaron á esto las atrevidas hostilidades de los sarracenos. Vióse salir de Tarragona una espedicion marítima, que unida á otras navessarracenas de Yebisar y Mayoricas (Ibiza y Mallorca), se dirigió á las costas de la Provenza, y llegó á saquear la comarca y arrabales de Marsella, retirándose con no escasas riquezas y gran número de cautivos.

Al paso que el imperio de Carlo-Magno se debilitaba, crecia en importancia el hispano-sarraceno.

Otra vez vinieron á Córdoba legados de Constantinopla enviados por el emperador Teófilo, á solicitar los auxilios de Abderrahman contra el Califa abassida de Oriente Almoatesim. Recibiólos el emir honorificamente y los despidió con regalos, ofreciendo al emperador que le ayudaria tan pronto como las guerras que entonces le ocupaban se lo permitiesen. Falleció en esto en Alemania el emperador Luis el Benigno (840), y á su muerte sufrió el imperio franco-germano una nueva recomposicion, que habia de envolverle en mayores turbulencias, y habia de influir grandemente en los sucesos futuros de España ⁽¹⁾. Por el contrario el pequeño reino de Asturias habíase ido afirmando y engrandeciendo bajo la robusta mano del segundo Alfonso, cuyos postreros hechos dejamos en otro lugar referidos.

Muerto sin sucesion en 842 Alfonso el Casto, el sóbrio, el pio, el inmaculado, como le nombra el cronis-

(1) Algun tiempo antes de morir habia hecho Luis el Benigno dos partes iguales de sus estados, dejando á su hijo mayor Lotario la parte que quisiera elegir para si. Lotario tomó la primera, que comprendia la Francia Oriental, el reino de Italia, algunos condados de Borgoña, el reino de Austrasia, y la Germania, á excepcion de la Baviera, que dejaba á Luis su tercer hijo. La segunda abarcaba el reino de Neustria, la Aquitania, siete condados de Borgoña, la Provenza y la Septimania con sus Marcas. Este estenso reino fué dado por la voluntad expresa del

emperador á Carlos el Calvo, el mismo que hemos dicho pasaba en el concepto público por hijo adúlterino de la emperatriz Judith y del conde Bernhard, pero tiernamente amado no obstante esto por Luis. El Languedoc y una parte de Cataluña subsistian bajo el dominio del joven Carlos. Los hijos de Pepino, rey de Aquitania, quedaban excluidos de la sucesion de los estados de su padre en esta nueva particion del grande imperio de Carlomagno, lo cual fué mas adelante un manantial de turbulencias y discordias en la Galia Meridional y países contiguos.

ta de Salamanca, los grandes y prelados del reino, de acuerdo en esto con los deseos del último monarca, nombraron para sucederle á Ramiro, hijo de Bermudo el Diácono. Mas como se hallase á la sazón en Bardulia (Castilla), donde habia ido á tomar por esposa la hija de un noble castellano, aprovechóse en su ausencia un conde palatino llamado Nepociano, pariente de Alfonso, para hacerse aclamar rey de Oviedo por sus parciales. Informado de ello Ramiro, encaminóse derechamente á Galicia, donde sin duda contaba con mas partidarios que en Asturias, y reuniendo en Lugo una numerosa huéste partió resueltamente en busca de su rival, á quien miraba como á un usurpador. Encontráronse los dos competidores cerca del rio Narcea. Batido Nepociano, y abandonado de los suyos, huyó hácia Pravia y Cornellana, pero alcanzado por dos condes de la parcialidad de Ramiro, fué entregado á éste, el cual le hizo sacar los ojos y le condenó á reclusion perpétua en un monasterio. Así subió al trono de Asturias el hijo de Bermudo el Diácono ⁽¹⁾.

Conócese que el pequeño reino asturiano comenzaba tambien á ser codiciado y combatido de pretendientes como el imperio árabe. Otros dos nobles, Aldroito, conde del palacio como Nepociano, y Piniolo, uno de los próceres de Asturias, conspiraron mas ade-

(1) Solo el monje de Albelda da lugar á Nepociano en el catálogo de los reyes de Asturias. Nadie le ha seguido, como tampoco á Pelli-

cer y Mondéjar en las genealogias que tejen de los dos Bermudos que suponen.

lante uno tras otro contra el monarca legítimo. Ambos fueron desgraciados en sus tentativas, y Aldroito sufrió la horrible pena de ceguera, prescrita en las resucitadas leyes godas, y Piniolo fué condenado á muerte con sus siete hijos: ¡severidad terrible la del nuevo monarca! Bien que Ramiro era inexorable y duro en el castigo de toda clase de delitos. A los ladrones haciales también sacar los ojos, con lo que purgó de salteadores sus estados, y á los agoreros y magos los hacia quemar vivos: ¡espantosa crudeza la de aquellos tiempos! Este rigor hizo que los cronistas de aquella edad le llamaran *el de la vara de la justicia*.

Una tentativa de invasion de gente estraña, desconocida hasta entonces en nuestra península, vino á poner á prueba la actividad y el valor bélico de Ramiro. Los Normandos (*North-menn*, hombres del Norte), esos piratas emprendedores y audaces, especie de retaguardia de los bárbaros del Septentrion, que desde el fondo del Jutland y del mar Báltico, desde Dinamarca y Noruega habian salido á fines del siglo VIII. como á reclamar para sí una parte de los despojos del mundo, lanzándose atrevidamente á los mares en frágiles barcos sin mas equipage que sus armas, para arrojar sobre las costas occidentales de Europa, saquearlas y volver á engolfarse cargados de botin en las olas del Océano: esos aventureros impertérritos, ejército regimentado de piratas á las

órdenes de un gefe, que caian de improviso sobre las poblaciones de las costas ó se remontaban con asombrosa rapidez por las embocaduras de los rios, para devastar tierras, degollar habitantes, hacer cautivos, y derramar sangre humana sin perdonar sexo ni edad: esos terribles facciosos de los mares que tan funestamente se habian hecho conocer en la Inglaterra y en la Galia, aparecen por primera vez en la costa de Asturias con gran número de naves en el principio del reinado de Ramiro. Hacen su primera tentativa de desembarco en Gijon (843): pero ante las fortificaciones de la ciudad, y ante la actitud enérgica de los asturianos, desisten de la empresa, pasan adelante y van á desembarcar en el puerto Brigantino (Coruña).

Ramiro no se ha descuidado; un ejército cristiano cae intrépidamente sobre aquellos salteadores; muchos murieron; varias de sus naves fueron incendiadas y viéronse forzados á abandonar aquellas costas fatales y á tentar mejor fortuna en las de Lusitania y Andalucía. Allá van escarmentados por Ramiro el cristiano, á inquietar las poblaciones musulmanas, remontando el Guadalquivir hasta Sevilla, á continuar su obra de saqueo y de pillage, á pelear con las huestes de Abderrahman, hasta que son obligados á retroceder por los Algarbes, donde repiten los mismos estragos, y por último acometidos por los guerreros de Mérida, de Santarén y de Coimbra reunidos, desaparecen de aquellos mares (844). Honra fué del monar-

ca de Asturias haber sabido guardar sus pequeños dominios de aquellos terribles invasores que habían logrado fijar su destructora planta en grandes y poderosos estados ⁽¹⁾.

Con la misma intrepidez peleó Ramiro con los árabes, venciólos en dos batallas ⁽²⁾: sin que otra cosa añadan las antiguas crónicas. Por lo mismo, y por no apoyarse en fundamento alguno racional histórico, ha rechazado ya la sana crítica la famosa victoria de Clavijo que historiadores posteriores atribuyeron á este príncipe, y que ha constituido por siglos enteros una de las mas generalizadas y populares tradiciones españolas ⁽³⁾.

(1) Salmantic. Chron.—Id. Silens.—Conde, cap. 44.—Ann. Bertin.—Des Roches, Hist. de Dinam.

(2) *Abversus sarracenos bis praeliavit et victor extitit.* Seb. Salm. Chron.

(3) Hé aquí en sustancia lo que cuenta de esta batalla el arzobispo don Rodrigo, verdadero autor de la leyenda. Indignado el rey Ramiro de que Abderrahman de Córdoba le hubiera reclamado el tributo de las cien doncellas, á que suponían hallarse sujeto Mauregato, convocó en Leon á los prelados y abades, á los próceres y varones ilustres del reino, y con su consejo declaró la guerra á Abderrahman. Marchó el ejército cristiano contra los moros, dirigiéndose á la Rioja. Hallándose hacia Albelda, junto a Logroño, se vieron acometidos los cristianos por un ejército numerosísimo de moros, no solo de España, sino de Marruecos y de otros países de Africa. La batalla fué des-

graciadísima para los nuestros, los cuales se retiraron á llorar su infortunio al vecino cerro de Clavijo. A pesar de la derrota y la tristeza el rey se durmió, y entonces se le apareció en sueños el apóstol Santiago, el cual le habló amistosamente y le alentó á que volviera al día siguiente á la pelea, seguro de que quedaria vencedor, pues él mismo combatiría á la cabeza del ejército cristiano. Atónito el rey, comunicó esta aparición al amanecer á los grandes y prelados y al ejército mismo, y todos locos de alegría no ansiaban ya sino el momento de entrar en combate bajo la dirección de tan ilustre capitán. Recibieron antes los Santos Sacramentos; llegó la hora de la lid, y exclamando: ¡Santiago! ¡Santiago! Cierra España (costumbre que quedó desde entonces al entrar en las batallas), comenzó la pelea, y con el socorro visible del Apóstol, que se apareció en los aires caballero en un

No menos piadoso y devoto Ramiro que sus predecesores, erigió cerca de Oviedo variostemplos, que aun subsisten hoy, notables ya no solo por su admirable solidez, sino tambien por cierta regular proporcion y belleza de arquitectura, que todavía merece los elogios de los distinguidos artistas que visitan aquellos célebres lugares, y que justifica las alabanzas que se leen en el cronista Salmantino. Es notable entre aquellos el que con la advocacion de Santa María edificó á la falda del monte llamado Naranco, á menos de media legua de Oviedo. Sin otros hechos importantes

blanco corcel y vestido él mismo de blanco, con espada en mano, fué tal el estrago que hicieron en los infieles, que quedaron en el campo mas de sesenta mil moros, sin contar los que acuchillaron persiguiéndolos hasta Calahorra.

Mariana, que acogió sin examen ni critica todo lo que halló en don Rodrigo, añadió por su cuenta no pocas circunstancias á la batalla, entre las cuales no podian faltar las arengas de costumbre.

Ni el monje de Albelda, ni el de Silos, ni Sebastian de Salamanca, ni ninguno de los antiguos cronistas dicen una sola palabra de un suceso que, á ser cierto, no le hubieran omitido en verdad. El primero que le mencionó fué el citado arzobispo que escribió cuatro siglos despues.

Sobre esto se fundó, ó acaso fué él mismo el fundamento de la fábula, el célebre privilegio ó diploma de don Ramiro, llamado del *Voto de Santiago*, por el que se supone haber hecho la nacion española voto general y perpétuo de pagar anualmente á la iglesia de

Santiago cierta medida de los primeros y mejores frutos de la tierra, y de aplicar al Santo Apóstol una parte de todo el botin que se cogiese en las expediciones contra los moros, contándole como el primer soldado de caballería del ejército cristiano, cuya percepcion continuó realizándose hasta tiempos muy recientes. La falsedad de este pretendido documento ha sido tambien evidenciada por muchos sábios y criticos españoles de los tres últimos siglos, entre los cuales podemos citar al maestro José Perez, *Dissertationes ecclesiasticae*, tit. *Diploma celeberrimum de Voto*, al canónigo de Lugo don Joaquin Antonio de Camino, en su *Dissertacion* impresa en el tom. IV. de las memorias de la Real Academia de la Historia, al duque de Arcos, en su *Memorial á Carlos III.* Don Lázaro Gonzalez de Acebedo en otro *Memorial* al duque del Infantado; Ortiz, *Discurso Histórico legal sobre el pretendido diploma del Voto de Santiago*; y pueden verse tambien, Florez, *España Sagrada*, tom. XIX, Ferreras, *Sinop-*

que las crónicas hayan consignado, terminó el honroso reinado del primer Ramiro en 850. Sus restos mortales fueron sepultados en el panteón de los reyes erigido por Alfonso el Casto, y su muerte no alteró la especie de armisticio tácito que había entonces entre los sarracenos y los cristianos de Galicia.

No era por el Norte, sino por el Oriente de España, por donde ardía entonces vivamente la guerra. Los hijos de Pepino, resentidos de la exclusión á que se les había condenado en la particion del imperio, se conjuraron en la Septimania contra Carlos el Calvo,

sis, tom. IV. Masden, Historia Crítica, tom. XII. Sabau, en las notas á Mariana, lib. VII. cap. 43, y las razones que se expusieron en las Cortes de Cádiz de 1812, en que se abolió el tributo conocido con el nombre de *Voto de Santiago*; Diario de las Sesiones. Toreno, Revolucion de España, lib. XXI.

Las razones que principalmente demuestran lo apócrifo del diploma, son, el lenguaje en que está escrito, impropio de un rey cristiano; suponerse la corte del reino en Leon, donde aun no residian los monarcas; la firma de un arzobispo, cuyo título no se conocia todavía en España; mencionarse un arzobispo de Cantabria que no se conoció nunca, y estar fechado el año 834, ocho años antes que comenzara á reinar Ramiro, lo cual obligó á Mariana á decir con una naturalidad recomendable; «Puedese sospechar que en el copiar del privilegio se quedó un diez en el tintero: el original, añade no parece.»

Sin embargo, no podemos tole-

rar la severidad con que suelen tratarnos los críticos estrangeros porque en nuestra historia se hayan mezclado invenciones como la de la batalla de Clavijo, como si no fuese comun achaque de las historias de todos los paises. Y para que se vea la injusticia con que en esto proceden, el mismo historiador Pedro de Marca, arzobispo de Paris, que de tan absurda califica esta aparicion del apóstol Santiago en Clavijo, refiere como cosa muy cierta que en una batalla que dieron los franceses á los normandos en 980, se apareció delante del ejército el mártir San Severo, en traje de capitán, montado tambien sobre un caballo blanco, matando y arrojando á los enemigos, en memoria de cuyo milagro el duque de Gascuña, Guillermo Sanchez, fundó el monasterio de San Severo en la ciudad del mismo nombre, por voto que de ello hizo. Asi los mismos que tan acremente nos censuran por nuestras tradiciones populares, las imitan ó las copian acaso mas absurdas.

y ayudábalos secretamente Bernhard, el conde de Barcelona, con la mira ulterior de hacerse independiente. Pronto y muy caramente pagó su deslealtad el que pasaba por su hijo. Carlos el Calvo en una asamblea de Tolosa á que le mandó comparecer le hizo condenar á la pena de muerte, que dicen ejecutó por su propia mano, y añaden que, poniendo el pié sobre su cadáver, «¡maldito seas, exclamó, que has mancillado el lecho de mi padre y tu señor!» Cuyas palabras prueban que Carlos no desconocia su origen y que cometia á sabiendas un parricidio ⁽¹⁾. Seguidamente nombró conde de Barcelona al godó Aledran, pariente de Berenguer. Propúsose Guillermo, hijo de Bernhard, vengar la muerte de su padre, atacó á Aledran, se declaró en favor del hijo de Pepino contra Carlos el Calvo, é invocó el auxilio de Abderrahman de Córdoba. Al propio tiempo levantábanse los vascos con su conde Aznar contra el rey Pepino de Aquitania; de forma que, de una y otra vertiente de los Pirineos hormigueaban las facciones en términos que no es estraño que San Eulogio de Córdoba dijera en una de sus cartas, que no había podido pasar á Francia por las bandas armadas que infestaban aquellos paises. Cruzábanse las conspiraciones y se hacian y deshacian con admirable facilidad las alianzas mas estrañas. Los árabes coligados con Guillermo

(1) Annal. Fuld.—Hist. gener. de Languedoc, tom. I.

en 846, hacian paces con Cárlos el Calvo en 847, pero Guillermo, peleando solo y por su cuenta, se apoderó en 848 de Barcelona y de Ampurias, y al año siguiente logró hacer prisionero á Aledran. Poco le duró el contento. En 850 fué á su vez vencido por los partidarios de Aledran, que repusieron á éste en el condado de Barcelona.

Las vicisitudes se sucedian rápidamente. En este mismo año vuelven á romperse las paces entre Cárlos el Calvo y Abderrahman II., y dos ejércitos musulmanes pasan el Ebro. El uno de ellos pone sitio á Barcelona, y declarándose los judíos por los islamitas, les abren las puertas de la ciudad, mientras una flota sarracena devastaba de nuevo las costas de la Provenza. No se empeñó Abderrahman en conservar á Barcelona, contentóse con desmantelarla, y con perseguir á los enemigos hasta las tierras de los francos. Si no pereció Aledran en aquella invasion, por lo menos no volvió á saberse de él, y en 852 hallamos establecido como conde de Barcelona á Udalrico.

Todo iba entonces prósperamente para los musulmanes. El emperador Teofilo de Constantinopla, enviaba á Abderrahman nuevos embajadores, solicitando con urgencia su alianza y su ayuda. La marina musulmana recorría las costas de la Galia Meridional y de la Toscana, enseñoreaba el Mediterráneo, y llenaba de terror á la Europa entera: y otros sar-

racenos, no declaran bien las historias si de España ó de Africa, se atrevian á avanzar hasta las puertas de la capital del mundo cristiano, devastaban los arrabales de Roma, y saqueaban las iglesias de San Pedro y San Pablo, situadas extramuros sobre el camino de Ostia: gran conflicto, y sobresalto grande para la cristiandad.

Dias amargos y de ruda prueba estaban pasando ya los cristianos de Córdoba. La tormenta de la persecucion que anunciamos antes, descargaba ya con furia sobre aquellos fieles que hasta entonces habian logrado gozar de cierta libertad y reposo, y á la era de tolerancia habia sucedido una era de martirio. ¿Qué habia motivado este cambio? ¿No tenia fama de humanitario y generoso el segundo Abderrahman? Teniala, y los historiadores árabes cuentan el siguiente rasgo de su corazon benéfico.

Habia afligido en 846 á las provincias meridionales una sequía espantosa: faltaron las cosechas, se abrasaron las viñas y los árboles frutales; no quedó yerba verde en el campo; agotáronse los pozos y los abrevaderos; los ganados escuálidos morian de inanición; las risueñas campiñas se convirtieron en soledades horribles, sin vivientes que las atravesáran; muchas familias pobres emigraron á Africa huyendo del hambre; la miseria hacía estragos horribles, y para completar este cuadro desconsolador un viento solano que sopló de Sahara envió una plaga de lan-

gosta que acabó de consumir las pocas subsistencias que quedáran. Abderrahman entonces apareció como un ángel de consuelo; suspendió la guerra santa y abrió las arcas del tesoro, distribuyó limosnas á los pobres, perdonó las contribuciones á los ricos, empleó los jornaleros en obras públicas, hizo por primera vez empedrar la ciudad, y de esta manera continuó curando los males del pueblo, hasta que Dios, dicen sus crónicas, se apiadó de los musulimes, y el rocío del cielo bajó á refrescar los campos. Esta conducta de Abderrahman hizo que los mismos que antes le murmuraban le amáran y llenáran de bendiciones.

¿Cómo este mismo Abderrahman, tan humano en Mérida y en Córdoba, persiguió despues tan crudamente á los cristianos? Examinemos las causas de este sangriento episodio.

A pesar de la tolerancia del gobierno musulman, y á pesar de haber adoptado mucha parte de los mozárabes el turbante, el albornoz y el calzon ancho de los musulimes, conservábanse vehementes antipatías entre los individuos de las dos religiones, en cada una de las cuales habia fanáticos que creían contaminarse con solo tocar los unos la ropa de los otros. Entre ciertas clases del pueblo es difícil, sino imposible, que haya la suficiente prudencia para disimular estos odios y animosidades, y que no las dejen estallar en actos positivos de recíproca hostilidad; y esto era lo que

acontecía, sin que bastára á evitarlo el celo y vigilancia asi de los cadíes árabes como de los condes cristianos. Los alfaquíes, ó doctores de la ley, y algunos musulmanes exagerados, cuando oían tocar la campana que llamaba á los cristianos á los divinos oficios, tapábanse los oídos, y hacían otras demostraciones semejantes, prorumpiendo á veces en exclamaciones ofensivas, y á veces tambien poníanse á orar por la conversion de los que ellos llamaban infieles. Los cristianos, por su parte, cuando oían al *muezzin* desde el *minaret* ó torre de la mézquita llamar á la oracion á los musulimes, hacían iguales imprecaciones y poníanse á gritar: «*Salva nos, Domine, ab auditu malo, et nunc, et in æternum.*» Con esto exasperábanse unos y otros, y á la provocacion y á los denuestos seguíanse las riñas, las violencias y los choques.

La ley hacia esta lucha muy desventajosa por parte de los cristianos. Aunque gozaban de la libertad del culto, las palabras del Profeta daban mil ocasiones y pretextos para que fuesen molestados y perseguidos. El cristiano que pisaba una mezquita, ó habia de abrazar la fé de Mahoma, ó era mutilado de pies y manos. El que una vez llegaba á pronunciar estas palabras de su símbolo: «*No hay Dios sino Dios y Mahoma es su Profeta.*» aunque fuese solo por juego ó en estado de embriaguez, ya era tenido por musulman y no era libre de profesar otro culto. El que te-